

JUAN
JOSE
COY, S.J.

PRECISIONES EN TORNO A LO

RARO

En ocasiones el poema y la más estricta psicología coinciden de modo admirable. El Dr. Vallejo Nájera escribió "Literatura y Psiquiatría": uno de los más extraños y sorprendentes valores del Quijote es su asombroso verismo científico (1). Cómo un hombre, por pura intuición, llegó a realizar semejante alarde de ojo clínico no es, después de todo, tan extraño. Ese es, por lo general, atributo del artista. Pues al fin y al cabo "historia, ciencia y ficción son tres modos diferentes de contemplar y presentar los objetos de nuestro pensamiento, y entre ellos los fenómenos de la vida humana" (2). Así, esos fenómenos de la vida humana objetos de observación nos son presentados de diversas formas, según técnicas y procedimientos diversos. Una misma realidad —el hombre, la persona humana— es enfocada desde un punto de vista en cada caso: y así tenemos al médico, al economista, al biólogo, al filósofo, al abogado, al artista, al sacerdote. En realidad, tantas múltiples diversas perspectivas acaban por unirse, pues, después de todo, uno sólo es el objeto analizado.

Aclarar este paralelismo fundamental me parecía necesario, pues el tronco de "Trasplante", de

Javier Coy, con esa rama de la Filosofía que se llama "Psicología social" es evidente. En esta vida occidental nuestra, en que la movilidad y el viaje han dejado de ser patrimonio de millonarios y poetas románticos, la nueva Psicología social ha sido el fruto, resultado de un injerto, que las nuevas circunstancias temporales hacían imprescindible. Un individuo trasplantado sufre una crisis. Pero una crisis en la que intervienen factores psicológicos —las determinantes temperamentales del individuo— y factores sociológicos —el nuevo ambiente.

"Trasplante" es la versión poética de lo que los científicos conocen como el "problema del desarraigo". Extraída de su propia atmósfera y clima, la persona choca violentamente con la nueva situación. Reacciona de modos muy diversos, con características siempre imprevisibles. Se ajusta o no se ajusta, supera la crisis o sucumbe, su cuerpo y su alma —importante combinación— sacan fuerzas de flaqueza o arrojan la toalla blanca del abandono... El resultado es, sencillamente, un nuevo ciudadano o un repatriado más.

En este contexto socio-psicológico vamos a tratar de enmarcar siempre el presente estudio. Pues

este enfoque, en esta obra concreta, es fundamental. Como que, al fin y al cabo, "Trasplante" es la historia de un alma desarraigada. En la obra, en estos veinticinco poemas, veremos condensadas ciertas intuiciones que en libros de psicología ocupan capítulos y más capítulos, y en una novela se extenderían centenares de páginas. No en vano la poesía es la quintaesencia de la literatura, pues una línea, una frase, un pequeño poema, nos da de un golpe lo que otros autores de temperamento más analítico nos ofrecen en un tomo voluminoso. El poeta es, casi siempre, de carácter eminentemente sintético.

Pues bien, ya tenemos a nuestro personaje con un pie en el estribo. Va a viajar. Avión, barco o autostop: tanto da. El nuevo ambiente le espera ajeno a lo que le va a llegar. Y nuestro viajero marcha, alegre y confiado, en busca de lo desconocido. Tratemos de precisar, de no divagar. Lo que esta alma profundamente receptiva experimente resultaría extraño si no estuviéramos en antecedentes. Estas divagaciones poéticas en torno a lo raro tienen gran valor como síntoma. Misión del crítico es precisar, pues entonces lo raro deja de serlo. Y razonando científicamente veremos asombrados que, efectivamente, la versión intuitiva que del trasplante se nos ofrece tiene el perfecto complemento que uno encuentra, de modo deductivo y sistemático, en cualquier libro de texto, manual para iniciados o simple obra de divulgación. Aquí tenemos, pues, la versión poética de lo que otras personas, preocupadas igualmente por el hombre y sus problemas, han llamado el fenómeno del desarraigo o las vicisitudes del descastamiento. "Trasplante" está firmado en Romford, Inglaterra, en la primavera del año 1962 (3).

"Todo se niega un día"

Nada enseña tanto como el viaje. El hombre incrustado en su propio ambiente, inamovible, va reduciendo sensiblemente sus puntos de vista, sus opiniones, el alcance de sus ideas, en suma, su vida toda. Su propio ambiente le parece tan obvio que llega a pensar que no hay otro posible. Ni siquiera duda de semejante criterio. Es más, vive de tal modo inmerso en cuanto le rodea... que ni lo conoce. "Linton dijo en cierta ocasión que la última criatura del mundo que descubriría la existencia del agua sería el pez." (4) Es significativo el despertar profundo y aparatoso de la conciencia nacional cuando se sale al extranjero. Uno se confiesa entonces honradamente que jamás antes se había llegado a plantear el problema. James Baldwin, el gran escritor negro norteamericano, tuvo que irse a París para ser capaz de escribir ese admirable ensayo que se titula "The Discovery of what it means to be an American", el significado descubierto de lo que es ser americano (5). Porque es muy cierto que las personas "sólo empiezan a pensar en su propia cultura cuando entran en contacto con hombres de otras culturas" (6).

Pues bien, "todo se niega un día", en efecto. Criterios, opiniones, creencias, sistemas de vida y métodos de trabajo: todo queda en cuarentena. Y se realiza una revisión a fondo que incluye desde el por qué uno cree en Dios hasta si se ha de mantener o no la hora de la siesta. Es increíble la actividad mental que semejante situación implica. Y aquí está el peligro, pues esta actividad es anormal y provoca una crisis. "Todo cambio exige de quien lo realiza nuevos esfuerzos y nuevo trabajo. Esto aumenta la actividad del sistema nervioso y fomenta una tensión mental constante." (7) En esta duda intelectual que se abre surge imperiosamente el deseo de luz, de saber, de estar seguro, en el día crítico en que todo lo anterior se niega.

Porque es preciso
se busca allí
en el oscuro, negro abismo.
Se quiere descansar
amar
saber.
Amar con ojos negros.
Todo se niega un día.
Cuando se espera reposar
se yace en carne viva.
Te acostumbraste a todo
y hoy te ha llegado el lodo
a las fauces abiertas.

T, 12

Te acostumbraste a todo, a lo que uno creía que era todo. Y hoy ha llegado algo con lo que no se contaba.

En general, las consecuencias de esta primera crisis nerviosa provocada por la desmesurada actividad mental se pueden reducir a tres o cuatro palabras: insomnio, casi alucinaciones, pérdida del sentido de la proporción y el equilibrio, temores serios de desajuste mental... Superexcitación, en fin, del sistema que produce las más terribles enfermedades humanas, es decir, las nerviosas.

Pero me duele
(¡oh, me duele!)
me duele en carne viva.
¡Ah, Dios!
Doler, doler a gritos,
rasgarse en partos sin sentido.
Sacudirse negándose a no ser.
Negando el sueño para no morir
y encontrarse
(cercado por anillos)
mintiendo la existencia:
sentirse entonces roto,
partido,
castrado en amarillo.

T, 25

El resultado de esta especie de alucinación e insomnio permanente es—el hecho es obvio—que sueño y vigilia se confunden e interpenetran. El surrealismo sería la forma poética más adecuada en la expresión, al plasmar esta espesa sensación agobiante...

Todo son sueños,
visiones,
esperanzas saladas,
Todo es dormir los malos sueños.
Todo es dormir
y despertar vencido.

T, 18

Por eso también los colores se evaporan, pues este embotamiento espiritual se convierte inmediatamente en embotamiento plástico. De noche toda duda tiene cabida: el negro, ausencia de color, predomina en muchos de estos poemas y se convierte en tonalidad expresiva la más importante.

¿Para qué, por qué,
con qué sentido?
Nada al final
reconocida.
La negra nada amarga,
amarga, cruda, exasperante.

T, 26

No me dejes vacío,
que ya me sabes.
Que ya me sabes bien
que me anochezco,
que me vuelvo a las sombras
y a las respiraciones tuyas.

T, 9

Porque es preciso
se busca allí
en el oscuro, negro abismo.

T, 12

Pero hay partes cerradas
insondables y negras
sin luz y sin ventanas.
.....
.....

Es la meta de siempre
callejón sin salida
del alma
y sin entradas.
Donde todo se para y se ensombrece.

T, 15

Las últimas estrellas
que perdieron sus agónicos reflejos
en mi tela de araña.
Y están vagando solas
apagadas y mudas,
solas y mudas,
solas y solas,
solas...

T, 16

Si te dicen que todo está podrido,
pregunta por el asco.
El mito de la noche
es sólo eso,
ya lo sabes.

T, 16

La negra nada amarga,
amarga, cruda, exasperante.

T, 26

Estímulo del sistema nervioso y desorbitada actividad mental. Negura insondable de desequilibrio nervioso, de intranquilidad, de desazón, de desconcierto. Y en este caso concreto el negro no es simplemente "ausencia de color", como antes observamos de acuerdo con una definición técnica. Esto implicaría un matiz estrictamente negativo y en estos poemas el negro está usado positiva, sistemáticamente: nada, ninguna otra modalidad plástica expresa tan bien lo que en este caso se quiere decir. A no ser aquel otro poema aislado cuyos matices se acercan a la negura, a la sombría oscuridad:

Pero me duele el asterisco
de la frente.
Cadenas de montañas embotadas
me clavan garras verdes y moradas.

T, 21

Ahora ya comprendemos mejor la afirmación más arriba reseñada sobre las consecuencias del trasplante. Y esa otra, expresada por el psicólogo Sorokim, que debiera hacernos pensar antes de embarcarnos rumbo a lo desconocido: "La movilidad facilita el nacimiento de enfermedades mentales. El gran esfuerzo mental y el cambio de conducta, exigidos por la nueva vida, son hasta tal punto exigentes, que no pueden ser afrontados por muchos individuos. Su sistema nervioso se resquebraja bajo el enorme desgaste exigido y la constante tensión mental requerecida." (8)

Todo está desclavado
y ya no duelo.
¡He perdido la voz!
Todo está separado
y me despego
del aire y del balido.

T, 10

Todo está desclavado... A esto conduce el desarraigo, a una primera crisis de oscuridad en la que desemboca toda alma trasplantada. Claro está que el instinto de conservación también tiene su importancia. El hombre saca fuerzas de flaqueza y con frecuencia esas dificultades han sido estímulos que han provocado respuestas plenas de creatividad y fuerza. Veamos ya, tras esta oscura primera etapa, el segundo paso que, aunque aparentemente negativo, es el comienzo de la superación.

“¿Para qué, por qué, con qué sentido?”

Dice Sorokim textualmente que la movilidad “favorece el escepticismo, el cinismo y el misonerismo” (9). Naturalmente, el contacto con opiniones nuevas, con puntos de vista diversos, con distintas —y a veces opuestas— creencias provoca la duda. Si se tienen convicciones firmes, bien fundadas, el contraste sólo sirve para robustecerlas. Si esas creencias —sean del género que sean— son endeble, irrazonadas, faltas de fundamento, antes o después se desmoronan. El viaje es la gran ocasión para llegar a una simplificación de la existencia. Pues cualquier persona, con el grado mínimo de inteligencia, distinguirá inmediatamente entre lo accidental y lo fundamental. A veces, nos sobrecargamos de menudencias sin caer en la cuenta de que “todos los principios que no son fundamentales sólo sirven para entristecernos” (10). Y tras la liquidación por derribo de todo lo carente de importancia se asienta el alma ferozmente en dos o tres ideas fundamentales que son las que le nutren.

Pues bien, la aparición del escepticismo es signo de buen agüero. Pues tras una crisis casi puramente fisiológica o somática se presenta esta nueva que es eminentemente intelectual. Sin haberse llegado a superar la primera, la segunda —es obvio— no se presentaría. Esta prueba inicial —como algunas oposiciones— es definitiva y eliminatoria: si se supera, se sigue. Si no, se abandona.

¿Para qué, por qué,
con qué sentido?

T, 26

Es la primera y fundamental pregunta. Después vendrán respuestas, ciertas o falsas. Una cosa es al menos evidente: el alma que se hace preguntas es porque aún sigue unida a un cuerpo. Y eso es signo de vida: el cuerpo superó su primera prueba. Veamos si el alma se aclara en la segunda. Y naturalmente que ambas crisis se interpenetran: esta división progresiva, nítidamente definida y separada, es meramente artificial o, si se prefiere, con fines pedagógicos

de exposición. Al hombre no se le diseña así como así...

El diccionario de la Real Academia define el escepticismo de la siguiente manera: “Incredulidad o duda acerca de la verdad o eficacia de alguna cosa.” Y al escéptico: “1.—Que profesa el escepticismo; 2.—Que no cree o afecta no creer en determinadas cosas.” Y es significativo el origen de la palabra, pues el verbo griego *skeptomai* —del que derivan el latino *escepticus* y el castellano *escéptico*— significa “considerar, repensar, darle vueltas a una idea”. Desde luego, la palabra *escéptico* tiene con frecuencia un sentido hartamente negativo que es sólo parcialmente acertado. Pues si la idea expresada se refiere al fin del pensar, es decir, si el escepticismo es punto de llegada, es algo condenable y falso. Si se refiere, en cambio, a las primeras actividades del pensar, al punto de partida de la potencia de razonar, entonces esa actitud no es sino fecunda. La duda metódica, “la verdad en la oposición”, y la replanteación personal de todo problema: he ahí la fuente y origen de todo conocimiento humano. Todo progreso está hecho de escepticismos... De esta manera el escepticismo, paradójicamente, es la fuente de toda verdad y de todo conocimiento serio. Con todo, el proceso es doloroso, pues de momento parece que no se ve la solución:

Todo está bien
y, sin embargo...
¡ah, los “sin embargo”,
los siempre “pero”
y oscilaciones!...
Inacabados, infinitos comienzos
repetidos y rotos...
Todo está bien...

cuando se dice.

Pero hay partes cerradas
insondables y negras,
sin luz y sin ventanas.
Allí sólo se duda,
sólo se cree morir,
se cree vivir, doler, reír.
Es la meta de siempre,
callejón sin salida

del alma

y sin entradas...

Donde todo se para y se ensombrece.

T, 15

Este es el punto de partida, pues ese callejón cerrado sólo lo está aparentemente. El hombre acosado por la duda se busca su propia salida. La obstrucción escéptica es el impedimento que provoca el desarrollo de energías latentes que de otra forma quizá hubieran quedado para siempre inéditas. De momento parece que de este estado de cosas no hay salida posible. Más adelante veremos cuál es la solución. Ahora bástenos comprobar cómo, efectivamente, la duda que angustia es un hecho:

Estar seguro...

Estar seguro es ignorar.

Vacilar es la ciencia.

Empezar a creer,
mas al llegar al cruce
conviene vacilar...

Si dudas

empiezas a entender por qué eres hombre.
[bre.]

No se lo he dicho a nadie
porque lo digo al respirar,
al contemplar las últimas estrellas
con los ojos cerrados.

T, 16

Si dudas, empieza a entender por qué eres hombre.

Ha llegado el momento decisivo, la hora de la verdad. Hay que contrastar, comprobar... y seguir creyendo o abandonar una serie de valores. Los criterios que soporten la prueba tienen ya garantía de por vida. Los que sucumban, tanto mejor si no son fundamentales. Aunque la poda a veces también haga sangrar.

EXCURSO PARA LA ANGUSTIA DEL SOLITARIO

En este contexto de crisis somática y de apretura intelectual el hombre desarraigado se siente solo, profundamente aislado. Es quizá uno de los matices que más peligrosa hacen esta coyuntura difícil, pues la conversación, el desahogo verbal, tiene una eficacia psicológica que el sacramento de la confesión está poniendo de relieve a cada paso. Como he dicho en otra parte, hablando también de estos poemas, “toda discusión, que es intercambio de propias ideas, toda conversación a la larga es imposible... La condena del monólogo es angustiosa. Hablar sin ser entendido, oír sin entender: cuando la propia emotividad impulsa al canje humano de actitudes y sentimientos, vivir es angustioso y el tener que oír y hablar es un tormento, una pesadilla sin posible aurora. Los que han pasado por el aprendizaje de una nueva lengua en un ambiente extraño saben algo de esto.” (11)

Palabras,

palabras,

palabras simplemente

Vocales escupidas y consonantes mudas.

Letras, letras y letras

en cópula infecunda.

Palabras,

sólo palabras...

nada más:

sólo ese ruido.

T, 26-27

“La impotencia agobia, agota, tortura... Nada produce tanto la espesa sensación de la propia soledad humana a que en resumidas cuentas todos estamos condenados” (11). Aislamiento contra el que uno se rebela, pero ante el que se sucumbe:

(Termina en la pág. 326)